

ATENTADO CONTRA  
JESÚS CASANOVA SALAZAR,  
EMPLEADO DE MICHELIN  
Vitoria, 16.05.1980

## Una fábrica en el punto de mira

FUE una vecina de la vitoriana calle Juan II la que avisó al 091 nada más escuchar los disparos, doce en total. **Jesús Casanova Salazar**, de 43 años, se encontraba tendido en el interior de su Seat 124 verde, en el cruce con la calle Los Herrán. Eran las 8.05 y acababa de recibir el impacto de cinco balas: dos proyectiles le habían atravesado el rostro y tres le habían destrozado un hombro y un brazo. Ninguna había alcanzado órganos vitales.

Quince minutos antes, Jesús Casanova, que trabajaba en el departamento de Personal de Michelin, había salido de su domicilio en la calle Santiago con la intención de recoger a un compañero. Avanzó por algunas calles de la capital alavesa hasta que un Seat 124 rojo le cerró el paso de forma inesperada. Uno de los tres ocupantes del vehículo descendió, se acercó a él y le disparó a través de la ventanilla del conductor. Después se subió al coche y huyó con sus compinches. Jesús Casanova fue trasladado al Hospital General de Vitoria, donde le intervinieron de urgencia y quedó ingresado con pronóstico reservado.

Natural de Alsasua, Jesús Casanova Salazar se convirtió aquel 16 de mayo de 1980 en el segundo trabajador herido a manos de ETA en la fábrica alavesa, donde estaban empleadas 4.400 personas. Un año antes, cuando quedó paralizada la negociación del convenio colectivo, ETApM secuestró al director de la fábrica, **Luis Abaitua**. El convenio se firmó y Abaitua fue liberado, pero las tensiones y los altercados persistieron: nueve vehículos fueron quemados y se registraron agresiones entre los trabajadores. Los responsables

de la fábrica eran conscientes de que los terroristas podían volver a actuar: pocos días antes del atentado contra Jesús Casanova remitieron a la Policía una carta en la que explicaban que habían recibido informaciones de que se estaba preparando “algo” contra él.

Después del asesinato frustrado, la dirección de Michelin hizo pública una nota de condena en la que anunciaba un cierre patronal de cuatro días. “La dirección no puede aceptar que los empleados de la fábrica estén expuestos a parecidos peligros”, argumentaba el texto.

ETA Militar reivindicó el atentado contra Jesús Casanova a través de un comunicado en el que se decía que habían actuado “en solidaridad y apoyo a la lucha obrera que los trabajadores de la factoría vienen desarrollando desde hace varios meses”. Sin embargo, los responsables de los Comandos Autónomos Anticapitalistas aseguraron después que el ataque contra el directivo de Michelin lo habían perpetrado ellos por el maltrato a los trabajadores. ●

ASESINATO DE LOS GUARDIAS  
CIVILES FRANCISCO RUIZ  
Y FRANCISCO PUIG  
Goizueta, 16.05.1980

## Doble crimen en Goizueta



**Francisco Puig Mestre (izquierda) y Francisco Ruiz Fernández fueron asesinados cuando cenaban en un bar de Goizueta. -FCF**

OS corrillos llenaban los ocho bares que se contaban en 1980 en Goizueta, un pequeño pueblo del noroeste de Navarra, junto a la muga con Gipuzkoa. Era viernes por la noche y el domingo se jugaba en el Anoeta de San Sebastián la final del campeonato manomanista de pelota. El duelo entre **Julián Retegui** y **Antxon Maiz** copaba las conversaciones de aquel 16 de mayo. Pasadas las 21.00, una furgoneta marca DKW se adentró en las calles del pueblo procedente de la carretera de Hernani (Gipuzkoa). Algo chirriaba en aquella escena: la furgoneta era de la distribuidora Matutano, que solía hacer el reparto los lunes. El conductor estacionó el vehículo en el cruce de la carretera general con la calle Fermín Antonio Apecechea y se mantuvo al volante, mientras descendían cinco hombres con los rostros cubiertos por pasamontañas. “*Amatxo*, ha pasado un enmascarado con una metralleta”, le dijo una niña de catorce años a su madre. El comentario infantil fue el prólogo improvisado de los acontecimientos que estaban a punto de cernirse sobre el pueblo.

Aquella noche, el cabo de la Guardia Civil **Francisco Ruiz Fernández**, de 26 años y natural de Arjona (Jaén), y el guardia **Francisco Puig Mestre**, de 31 y nacido

en Ares del Maestre (Castellón), habían acudido a cenar al bar Huici —también conocido como bar Juana—, separado sesenta metros del cuartel de la Benemérita. Francisco Puig, que era soltero, solía comer y cenar en el establecimiento; el cabo Ruiz lo acompañaba desde hacía unos días, pues su esposa, **Rosario Escalante**, se había trasladado a Málaga con la hija de tres años del matrimonio para dar a luz cerca de su familia. Lo había hecho dos semanas atrás y la familia se había ampliado con un niño que había llenado de felicidad a Francisco. Los agentes se encontraban en el comedor del establecimiento, una pequeña sala a la que se accedía por una puerta a la izquierda de la barra. Sobre la mesa, cubierta por un mantel de cuadros, apenas quedaban un par de platos ya vacíos, una botella y medio vaso de vino. Junto a ellos merodeaba la hija de los propietarios del bar, de unos once años, dos personas que esperaban para ocupar una mesa y una camarera que atendía a los clientes. Nada que hiciera sospechar lo que ocurriría en apenas unos segundos.

Los cinco hombres que habían descendido de la DKW se dirigieron al bar Huici. Uno de ellos se colocó en la puerta principal y otros dos se encaminaron hacia la puerta trasera, para vigilar el cuartel de la Guardia Civil. Los dos restantes entraron en el bar, atravesaron un pasillo y llegaron al comedor por la puerta que comunicaba la estancia con la cocina. Se colocaron a escasos centímetros de los agentes y, sin mediar palabra, abrieron fuego. Dispararon al menos trece balas del calibre nueve milímetros Parabellum con dos pistolas. Francisco Ruiz, sentado de espaldas a los pistoleros, recibió un tiro en la parte posterior de la cabeza que salió por el pómulo izquierdo, otro en el hombro, dos más con

salida por el abdomen, además de varios disparos en el brazo y en la mano izquierda. En la autopsia, el forense cuantificó 17 heridas por arma de fuego en el cuerpo del agente. Francisco Puig vio a sus asesinos de frente. Los dos disparos que impactaron contra él —uno en el hombro y otro en el cuello con salida por la espalda— hicieron que cayera al suelo y quedara casi oculto debajo de la mesa. Murió unos instantes después, sin que un médico presente en el local, **Coro Oreja**, pudiera hacer nada para salvar su vida. Ninguno de los agentes tuvo tiempo para repeler la agresión, ni siquiera para moverse de la silla donde cenaban por última vez.

“Sólo he visto que se asomaba uno y disparaba. No me he atrevido a mirar más de tanto miedo como tenía”, declaró un testigo a un periodista de *El Pensamiento Navarro*. La dueña del bar salió del local con su hija de once años, presa de los nervios tras haber sido testigo del doble asesinato. “¡Encapuchados, encapuchados!”, “¡Tiros, tiros!”, gritaba la pequeña. En plena conmoción, los terroristas abandonaron el bar Huici en dirección a la furgoneta. Por el camino se cruzaron con un vecino del pueblo que se dirigía al cuartel de la Guardia Civil para comunicar lo sucedido. Uno de los atacantes le ordenó que volviera sobre sus pasos “si no quieres que te liquide en el acto”. Aun así, una llamada telefónica al cuartel había alertado a los agentes, que salieron a la calle desplegados, en posición defensiva por si eran atacados. Uno de ellos disparó una ráfaga de metralleta cuyos proyectiles impactaron contra una pared, pero para entonces los encapuchados ya habían dejado el pueblo en dirección a Hernani. La Guardia Civil encontró la furgoneta en la que huyeron en el monte Azketa, en el término municipal de Berastegi (Gipuzkoa). Los terroristas se la habían robado a punta de pistola el día del atentado a **José María Hernández**, conductor de la empresa Pepsico, cuando circulaba por Andoain. Con él condujeron hasta Oria, donde lo dejaron abandonado.

Los cadáveres de Francisco Ruiz y Francisco Puig permanecieron en el comedor

del bar Huici unas cuatro horas. La escena era dantesca: cuatro balas se habían incrustado en la pared, una la había atravesado hasta impactar con una vitrina al otro lado, y dos más habían perforado la mesa. Hasta allí acudieron el párroco, **Vicente Hernandorena**, y el juez de paz, **Benito Ollo**, además de mandos de la Guardia Civil. Hacia la 1.15 de la madrugada el juez instructor ordenó el levantamiento de los cuerpos y su traslado a Pamplona.

Varios vecinos de Goizueta mostraron su estupor por el atentado. Muchos habían tenido trato con Francisco Puig, al que conocían como *Patxi*, pues era cliente diario del bar. Francisco Ruiz llevaba sólo unos meses en el pueblo, pero algunos vecinos habían sido partícipes de su alegría ante el nacimiento de su hijo, “porque así tenía chico y chica”. “Eran muy formales, no se metían para nada con nadie y es como si hubieran matado a dos del pueblo. De lejos puede parecer otra cosa, pero vivirlo todo esto como nos ha tocado a nosotros es terrible. Estamos extrañados de que haya pasado semejante cosa aquí”, declaró un vecino a *Diario de Navarra*.

Los editoriales y las notas de condena que se difundieron tras el doble asesinato de Goizueta se distanciaron de todos los que se habían publicado hasta entonces. ETA estaba en plena ofensiva terrorista: el goteo de muertos era casi diario, las bombas se sucedían con una cadencia temible, en las calles de muchas localidades se respiraba la inquietud y decenas de empresarios recibían cartas de extorsión con amenazas e intimidaciones. Y sin embargo, parecía que la sociedad no mostraba su repulsa con toda la firmeza que exigían las circunstancias.

El balance de 1979, con cuatro víctimas mortales en Navarra, permitía intuir no sólo que la Comunidad Foral era una prioridad para ETA, sino que los terroristas contaban con infraestructura permanente en la región. Y lo que dejaban entrever las notas de condena que

siguieron al crimen de Goizueta era que, si eso ocurría, se debía en parte al apoyo, o a la falta de condena, que encontraban entre los ciudadanos. En un insólito comunicado, UCD pidió a los navarros que exteriorizaran “por medios pacíficos pero absolutamente claros en su círculo de amistades y en el trabajo, su completa repulsa y desprecio hacia la organización que es capaz de matar a sangre fría y por todos aquellos que a través de organizaciones camufladas prestan apoyo y son cómplices de estos asesinatos”. El presidente del Parlamento, el socialista **Víctor Manuel Arbeloa**, hizo “un llamamiento al pueblo navarro a oponerse con todos los medios democráticos eficaces a la violencia armada que en este momento delicadísimo de la institucionalización democrática y foral de Navarra es el peor enemigo de nuestro pueblo”. Un editorial de *Diario de Navarra* sentenciaba:

11

“Parece como si el conformismo del miedo invadiese a una sociedad que cada vez se repliega más en sí misma y se desentiende de lo que sucede, del asesinato diario, de la extorsión y el chantaje permanente. De lo contrario no sería posible que públicamente se apoye a los asesinos y se pida su inmunidad con tanta fuerza”.

12

La soledad de las víctimas de ETA se vio reflejada en el hecho de que los cadáveres de los dos guardias civiles tiroteados en Goizueta estuvieron casi doce horas, desde el levantamiento a la 1.15 de la madrugada hasta las 13.00 del día siguiente, en el depósito de cadáveres del Hospital de Navarra. Nadie los veló, ni tampoco hubo capilla ardiente. Pasado el mediodía del sábado 17 de mayo los féretros fueron trasladados a la Comandancia de la Guardia Civil de Pamplona, donde compañeros del Cuerpo y de la Policía Nacional los llevaron a hombros hasta la capilla. Varios cientos de personas esperaban en el exterior y lanzaron vivas a la Guardia Civil y a la Policía y gritos contra ETA.

El funeral duró 45 minutos y no hubo homilía. Asistieron autoridades militares,

como el director general de la Guardia Civil, el general **José Aramburu Topete**, y el jefe del Estado Mayor de la Benemérita, el general **José Rodríguez Toquero**; y autoridades civiles como el gobernador civil, **Eduardo Ameijide**, el presidente del Parlamento foral, Víctor Manuel Arbeloa, y los diputados forales de UCD **Jaime Ignacio del Burgo**, **Ángel Lasunción** y **Pedro Sánchez de Muniáin**. La entrada y la salida de los altos cargos estuvieron marcadas por los aplausos a los responsables militares y a Del Burgo, y los abucheos a los demás políticos, en especial al diputado Lasunción, a Arbeloa y a las autoridades locales. Todos ellos sufrieron empujones y salieron protegidos por un cordón policial. Se oyeron gritos de “Menos amnistía, más Policía” y “Menos amnistía, más justicia”. En un intento de calmar los ánimos, varios mandos policiales hicieron un llamamiento a la serenidad y advirtieron que “las cosas no se arreglan con gritos”.

A las 14.00, los féretros de los guardias civiles fueron conducidos al aeropuerto de Noáin, donde los esperaba un avión Caribou del Ejército para trasladar el cadáver de Francisco Ruiz al aeropuerto de Málaga y el de Francisco Puig, al de Manises, en Valencia. Sus familiares más directos viajaron con los ataúdes en el interior de los dos aparatos. Hacia las 18.00 llegó a Castellón el cadáver de Francisco Puig, que fue trasladado desde la Comandancia de la Guardia Civil hasta la iglesia de la Santísima Trinidad. Tras el funeral, que se celebró con el templo abarrotado, guardias civiles y policías nacionales rompieron el protocolo establecido y, en lugar de introducir el féretro en un furgón fúnebre, lo cargaron a hombros hasta el cementerio de la ciudad, recorriendo varias calles, arrojados por una numerosa comitiva. Por su parte, a las 19.00 aterrizó en el aeropuerto de Málaga el avión con los restos mortales de Francisco Ruiz, que fue velado en el acuartelamiento de Los Ángeles hasta el mediodía del domingo, cuando fue enterrado en el cementerio de San Miguel.

El asesinato de los dos guardias civiles pareció pasar demasiado deprisa por la vi-



Los autores del doble crimen controlaron todas las entradas al edificio. Dos de ellos se dirigieron al comedor y dispararon. -DN

Francisco Ruiz Fernández quedó muerto sobre la silla. Tenía 26 años y era padre de tres niños. -FDI

Las familias de los dos guardias civiles viajaron a Pamplona desde Málaga y Castellón para llevarse los cadáveres. -DN



1  
2  
3

da de los navarros. No habían transcurrido ni 24 horas del doble crimen cuando los dos cadáveres ya habían volado lejos de la Comunidad Foral. Pero un grupo de ciudadanos trató de remediar el olvido y tomó la iniciativa para celebrar una misa funeral el lunes 19 de mayo en la parroquia de Cristo Rey. Una vez concluida la ceremonia, alrededor de 300 jóvenes iniciaron una manifestación encabezada por una bandera de España con un crespón negro. Salieron de la plaza Conde de Rodezno y recorrieron Carlos III, la avenida de Baja Navarra y la avenida de Zaragoza hasta el cuartel de la Guardia Civil, situado en la avenida de Galicia, donde agentes de la Policía Nacional instaron a los manifestantes a disolverse.

El miércoles 21 de mayo, el Gobierno Civil hizo pública la detención de dos miembros del comando Adarra de ETA Militar, al que consideraba responsable del doble asesinato de Goizueta: **José María Aramburu Lete**, de 26 años y natural de Hernani, y **Juan Miguel Apecechea Arocena**, de 26 años, vecino de Goizueta y hermano del alcalde, **Jesús María Apecechea**. Según la Guardia Civil, el comando había planeado perpetrar otro atentado de las mismas características que el de Goizueta en la localidad de Leizta. En la nota identificaban también a otros cuatro miembros del comando, que permanecían huidos, y anunciaban la detención de varios miembros de ETAp. Entre ellos se encontraba **Ricardo Magallón Álvarez de Eulate**, de 22 años y vecino de Sesma, al que se consideraba máximo responsable de ETAp en Navarra e implicado en los secuestros del empresario **Francisco Javier Jáuregui** y del delegado del Ministerio de Industria, **Ignacio Astiz**, así como en el intento de secuestro del delegado de Educación, **José Javier Crespo**.

El 23 de noviembre de 1981, la Audiencia Nacional condenó a José María Aramburu y a Juan Miguel Apecechea a sendas penas de 25 años de prisión por un delito de cooperación con banda terrorista. Aramburu había realizado tareas de información para el comando Adarra, mientras que Apecechea se encontraba cenando

en el bar Huici la noche del atentado y confirmó a los etarras la presencia de los dos guardias civiles. “Buenas noches, que aproveche”, les dijo a los dos agentes al entrar en el local, según declaró tras ser detenido. Fueron asesinados ante sus ojos. El 20 de abril de 1985, la Audiencia Nacional condenó a **Francisco Javier Lujambio Galdeano** a dos penas de 27 años de prisión por participación necesaria en el atentado, aunque sin especificar si actuó como informador de los terroristas o si fue autor de los disparos. La sentencia lo obligaba también al pago de una indemnización de doce millones de pesetas (72.000 euros) a los herederos de Francisco Ruiz y diez millones (60.000 euros) a los herederos de Francisco Puig. El juicio a Lujambio fue la última vez que el doble crimen del bar Huici llegó a los tribunales. El resto de los terroristas que participaron en el crimen nunca han sido juzgados.

Una nueva investigación policial podría haber arrojado luz al caso muchos años después. En 2005, el ex guardia civil **Miguel Ángel Madariaga** logró que la Audiencia Nacional reabriera las pesquisas del atentado del que fue víctima el 3 de febrero de 1979. Varios terroristas lo ametrallaron a él y a su compañero **José Díez**, de 25 años, mientras estaban en la puerta del cuartel de la Guardia Civil del barrio de Bazkargo, en Andoain. Díez murió a causa de los disparos. A Madariaga las balas le impactaron en la cadera, el hombro, la pierna, la espalda y el abdomen, pero sobrevivió. Las pruebas que había recopilado tras años de investigación apuntaban a que el comando que estaba detrás de su atentado, el Adarra, era el mismo que había perpetrado el doble crimen de Goizueta. Entre los documentos que aportó para la reapertura del caso había un informe del Servicio de Información de la Guardia Civil en el que se establece lo siguiente: “El atentado de Goizueta de mayo de 1980 fue cometido por José María Aramburu Lete, Francisco Javier Lujambio Galdeano, **Juan María Oyarbide Aramburu**, **Agustín Arregui Perurena** y **Pedro José Pikabea Ugalde**, todos ellos integrantes del comando Adarra, siendo auxiliados

por Juan Miguel Apecechea Arocena”. La Audiencia Nacional archivó el caso en 2006 argumentando que, aunque no era discutible la implicación del comando Adarra, era imposible determinar el nivel de participación de sus integrantes.

La pesada losa de olvido que cayó sobre las familias de los dos guardias civiles asesinados en Goizueta se ha ido retirando, muy poco a poco, durante los últimos años. En mayo de 2004, el Gobierno concedió a Francisco Puig Mestre la Gran Cruz de la Real Orden de Reconocimiento Civil a las Víctimas del Terrorismo, que recogió su hermana, **Adela**. En 2012, Francisco Ruiz fue doblemente recordado. El pueblo jienense de Arjona lo homenajeó colocando una placa en su memoria en el cuartel de la Guardia Civil, y la localidad malagueña de Almargen, donde vivía desde los siete años, inauguró un monolito en su recuerdo y en el de otros dos vecinos que habían sido víctimas de ETA: el policía nacional **Pedro Barquero González** y su mujer, **María Dolores Ledo García**, que estaba embarazada de siete meses cuando dos terroristas la ametrallaron a ella y a su marido en un garaje de la plaza del Carmelo, en Bilbao. Ocurrió el 4 de mayo de 1983. El periódico *Málaga Hoy* recogió en la crónica del homenaje de 2012 las declaraciones de la hija de Francisco Ruiz, **María Luisa**, que sólo tenía tres años cuando ETA la dejó sin padre: “Aún quedan muchos héroes olvidados que lucharon para que los demás nos sintiéramos más libres”. ●

## “Lo más duro fue tener que volver con el féretro en un avión militar”

ENTREVISTA A...  
ROSARIO ESCALANTE,  
VIUDA DE FRANCISCO RUIZ



Foto - JMC

●●● Cuando a **Francisco Ruiz Martínez** lo destinaron a Goizueta, acomodó en el coche a su mujer, Rosario Escalante, y a su hija **María Luisa**, que apenas tenía dos años, y atravesó media España ayudándose de un mapa. El viaje empezó en Cullera (Valencia), donde habían vivido los tres años anteriores, pero el paisaje mediterráneo de los primeros kilómetros fue dejando paso poco a poco a un horizonte surcado de montes y de bosques que les iba fascinando de manera creciente. Rosario aún recuerda que cuando el Seat 127 ya recorría los últimos compases de la ruta, el asombro de Francisco por los frondosos hayedos que casi lamían la carretera le llevó a exclamar: “¡Qué pena que no estén aquí nuestros padres para ver esto!”. Él tenía 26 años y su mujer, 25. Él era de Jaén, ella de Málaga, se habían casado tres años antes y eran “muy felices”. Animado quizá por

las emociones del viaje, el joven cabo propuso a su esposa tomar un café en el pueblo antes de presentarse en el cuartel. Entraron con la niña al bar Huici, donde algunos vecinos compartían distraídamente unos vinos. El acento andaluz de los recién llegados extendió un silencio espeso en el interior del establecimiento. “Mira cómo nos miran, parece que somos bichos raros”, cuenta Rosario que le dijo a su marido. Él le respondió con un susurro: “Estate calladita”. Se tomaron “unas tapas” y se fueron con cierta pena. Un año después, mientras cenaba en aquel mismo bar con su compañero **Francisco Puig Mestre**, el cabo Francisco Ruiz fue asesinado a tiros por un comando de ETA. Allí, sobre una mesa cubierta por un sencillo mantel de cuadros, terminó el viaje lleno de ilusiones que había emprendido en el litoral valenciano. Era el 16 de mayo de 1980. Han pasado más de treinta años,

pero no hay un solo día en que Rosario Escalante no recuerde a su marido.

#### ¿Como conoció a Francisco?

Él era de Arjona, en la provincia de Jaén. Su padre era también guardia civil. Y cuando lo ascendieron a cabo, vino destinado a mi pueblo, que se llama Almargen, en Málaga, al lado de Campillo. Francisco tendría entonces diez años. Nos conocimos en el colegio, éramos de la pandilla. Él quería ser ATS, pero echó además los papeles para ingresar en la academia de Valdemoro, de la Guardia Civil. Había vivido en una casa cuartel y aquello le gustaba. Con 18 años ya era guardia civil y lo mandaron a Cullera, un pueblo de Valencia. Entonces fue cuando nos hicimos novios. Salimos juntos un año y nos casamos, él con 22 y yo con 21. Yo le decía: “Chiquillo, me tendrás que conocer”. Y él me respondía: “¡Pero si te conozco desde los diez años!”. La boda fue en 1976, en Almargen. La recuerdo como si la estuviera viviendo: resultó todo fantástico. En los pueblos era costumbre que se reuniera mucha gente, hicimos comida en casa para todos... Después nos instalamos ya juntos en Cullera. Estuvimos allí tres años.

#### ¿Qué recuerda de aquella etapa?

Fueron tres años felices. Cullera es un pueblo precioso. Él nunca se hubiera movido de allí: tenía playa, montaña y río. En 1977 nació nuestra hija María Luisa. Poco después me volví a quedar en estado, pero el chico nació muerto. Estábamos muy bien, pero lo ascendieron a cabo y nos fuimos a Goizueta. Luego supe que también podría haber elegido Barcelona.

#### ¿Eran conscientes del peligro que corrían al instalarse en un pueblo como Goizueta?

Sí. Le sugerí que se metiera a taxista, ya que le gustaba mucho conducir. Y él me dijo: “Ya sabes que te has casado con un guardia civil”.

#### ¿Cómo les resultó la vida en el pueblo?

Yo estaba acostumbrada a vivir en un pueblo pequeño. Lo que pasa es que en

Goizueta la gente no quería saber nada con nosotros. Ya eran unas fechas muy duras... Sin embargo, la señora de la tienda donde compraba la fruta y los alimentos se portó bien conmigo: una vez, estando ya embarazada de mi hijo pequeño, me mareé mientras estaba en la tienda; ella me subió a su casa y hasta me acostó en su cama y todo. Pero en el colegio, a los hijos ya grandecitos de los guardias les tiraban piedras cuando volvían a casa. Ese era el ambiente, una pena. Recuerdo a Francisco Puig, el otro guardia que mataron a la vez que mi marido. Era soltero. Y un manitas: era capaz de desarmar entero un Mini Morris y de volverlo a montar.

#### ¿Cómo era el cuartel?

Una casa grande. Había muchísimas pulgas porque antes habían tenido caballos en la planta baja. Los suelos eran de madera y no los habían limpiado bien. Yo echaba Zotal y todo lo que pillaba. El cuartel estaba aislado y nos relacionábamos poco con la gente del pueblo. Eran seis guardias. Entre nosotros nos llevábamos bien. Recuerdo un caso... Estando embarazada del niño, comimos un día sardinas y me puse malísima. No teníamos tónica y un compañero de mi marido salió al bar a buscarme una. Yo pensaba: “Como le pase algo...”. Qué disgusto me hubiese llevado. Un día fuimos a Leitza y vimos un jeep de la Guardia Civil que acababan de ametrallar. Tenía las huellas de las balas. A la hora de la comida, le pedía a mi marido que quitase la televisión, para no ver tanto atentado. Él me decía: “Hay que ver, cómo eres. ¿A mí me va a pasar algo?”.

#### ¿Y usted? ¿Pensaba que le podía pasar algo a Francisco?

Estaba totalmente asustada. Todos los días había algún atentado. 1980 fue el peor año y yo tenía miedo. Hace pocos días estuve en una residencia militar. En la cafetería coincidí con un capitán de la Guardia Civil, ya mayor, que también vivió aquellos años. Me contó que él hasta se orinaba de miedo, con todo lo mayor que era. A veces pensaba: “Con lo grande que es España, ¿no tenían otro sitio donde

mandarnos?”. Y aún lo pienso: hace poco estuve con unas amigas en Osuna, un sitio precioso, y volví a darle vueltas: “¿Por qué no nos habrían mandado a Osuna en vez de a Goizueta?”.

#### Usted se volvió a Málaga para dar a luz.

Sí, me vine ya al final del embarazo, en la primavera de 1980. Francisco me trajo en abril y el niño nació en mayo. Di a luz en Málaga. Vivía con mi suegra.

#### ¿Cuándo conoció Francisco a su hijo?

Él tenía muchísima ilusión porque fuese un niño y le llamé por teléfono en cuanto me sacaron del quirófano. Cogió el coche y se vino desde Goizueta directo al hospital. Aún recuerdo cómo apareció. Tenía las manos manchadas de grasa porque se le había estropeado alguna pieza del coche. Se fue *flechadito* al niño, sin saludar a nadie. Su madre, que estaba en la habitación, le dijo: “Quillo, ¿es que aquí no hay nadie?”. Estuvo una semana en Málaga y se volvió a Goizueta.

#### ¿Qué recuerda de esa semana?

Fueron los últimos días que pasamos juntos. Él se encargó de inscribir a nuestro hijo en el Registro Civil. Estaba muy contento, *flipaba* con el niño. Nos quedamos en Málaga, en casa de mis suegros, todo muy bien. Él se volvió a Navarra con la idea de regresar en junio para recogernos a mí y a los niños. Se le veía triste, pero no decía nada. Siete días después estaba muerto.

#### ¿Cómo vivió el día del atentado?

Yo me había vuelto de Málaga al pueblo, a Almargen. Ese mismo día, antes del atentado, él llamó por teléfono. Cogió un familiar porque yo estaba con la mujer de un guardia que había venido de visita. Y el familiar le dijo a mi marido que llamase más tarde. No me pude despedir... No sé, algo hubiésemos comentado...

#### ¿Cómo se enteró de lo ocurrido?

Por la televisión, mientras preparaba el último biberón del niño. Serían las diez y media de la noche. Estaban en casa mi

madre y unos tíos con los que yo me había criado. Interrumpieron de repente lo que estaban poniendo para dar la noticia: “Ha ocurrido un atentado en el pueblo de Goizueta, en Navarra”. Y dijeron su nombre. Mi tío y yo nos miramos, como diciendo: “¿Hemos escuchado bien?”. Nos levantamos y nos fuimos al comedor. Y allí nos preguntamos: “¿Es verdad lo que hemos oído?”. Me puse mala, me salieron por todo el cuerpo como unos rosetones. Sería la reacción... La casa se llenó de gente, ya sabe cómo son los pueblos... Pero cogí a la niña y me encerré en el dormitorio, no quería ver a nadie. Un rato después, mi suegro y la familia de él salieron desde Málaga hacia Pamplona. Salí detrás, con un familiar del pueblo que se brindó a llevarme. Venían también mi madre y mi tío. Fuimos en coche hasta Madrid y desde Madrid a Pamplona en avión. Era la primera vez que yo me montaba en un avión.

#### Y llegaron a Pamplona...

Nos estaban esperando en la Comandancia. Recuerdo un detalle de la llegada. La señora de uno de los jefes de la Guardia Civil me llevó a su casa y me dejó ropa negra: su falda, su jersey... Me vistió de negro de arriba abajo. Ahora el luto ya no se lleva, pero hace 33 años aún era normal. Los cuerpos ya estaban en Pamplona. Nos dijeron que estaban muy mal y no nos dejaron verlos. Nos pusieron después un avión militar. Creo que eso fue lo más duro: tener que venir con el féretro en un avión pequeñito, nosotros sentados en un lateral y la caja allí delante. Mi tío se puso malísimo durante el viaje, le dio como un infarto. Se murió a los nueve meses. Él me había criado... En muy poco tiempo murieron mi marido y mi tío. Me quedé totalmente desprotegida, me dieron palos por todos los sitios. Con 26 años. Lo pasé muy mal.

#### ¿Recuerda la llegada a Málaga?

El funeral fue en el cuartel de Málaga y había muchísima gente. La despedida fue terrible. Fue todo muy duro. Aquel año, cuando llegó la romería que se celebra

todos los años en el pueblo, las carrozas no pasaron por delante de mi casa, por respeto.

#### ¿Qué le explicó a su hija María Luisa?

Era muy pequeña. Creo que ahora, más de treinta años después, está viviendo lo ocurrido con mayor intensidad que entonces. Ni a ella ni a su hermano les he metido maldad. Para nada. He procurado que crezcan sin odio. Les decía: “Vuestro padre fue guardia civil en unas fechas muy malas, cuando había muchos atentados. Y lo destinaron a Navarra. Allí también había gente buena, igual que aquí. Pero había algunos que mataban, que se tomaban la justicia por su mano”. En realidad, mis hijos se han criado conmigo sola. Siempre me han visto únicamente a mí. Sólo cuando ya eran mayorcitos, con unos diez años, me empezaron a preguntar por su padre.

#### ¿Tienen interés por conocer más cosas de su padre?

Son introvertidos, no preguntan mucho. Quizá actúan así para no obligarme a recordar. Pero yo sí que les he contado cosas: cómo nos conocimos en el pueblo cuando éramos jovencitos...

#### ¿Supo algo de las detenciones o del juicio?

Estaba tan centrada en mi vida y en criar a los niños que no anduve muy pendiente de eso. No supe si hubo juicio o no. ¡Es tan duro enfrentarte a unas personas que han cometido un crimen! No sé si hubiera tenido fuerzas... Ahora se habla de los presos, de acercarlos al País Vasco. ¡Qué quiere que le diga! Si va a servir para que dejen de matar, no me parece mal. Todo lo que sea para mejorar España, lo veo bien. Bastante ha pasado ya.

#### ¿Se acuerda mucho de Francisco?

¡Claro que sí! Nadie se olvida de la primera vez que se enamora. Éramos tan jóvenes, teníamos tantas ilusiones... Soñábamos con empezar una vida juntos, con tener niños... Y estábamos dispuestos a luchar. ●

## “He tratado de no dejar de sonreír, a pesar de todo”

ENTREVISTA A...

ADELA PUIG MESTRE,  
HERMANA DEL GUARDIA CIVIL  
FRANCISCO PUIG



Foto -JNC

●●● “¡Qué añito!”, se lamenta **Adela Puig Mestre** cuando recuerda los casi cien asesinatos de ETA en 1980. Uno de los muertos era su hermano. A pesar de las más de tres décadas transcurridas, Adela sigue hablando de él en presente, y lo nombra con el apodo familiar, *Paquito*, que todos empleaban cuando aún estaba vivo. La memoria de su hermano es un estímulo para entregarse a sus hijas y para no dejar de sonreír. En cambio, aún no ha sido capaz de regresar a Navarra. Su primer y único viaje a la Comunidad Foral fue para recoger un féretro que ahora descansa en el cementerio de Castellón, adonde Adela acude al menos una vez al mes. **Francisco Puig Mestre**, Paquito, era guardia civil, tenía 31 años, estaba soltero y fue asesinado en Goizueta el 16 de mayo de 1980.

**¿Había escuchado alguna vez el nombre de Goizueta antes de que su hermano fuera destinado allí?**

En absoluto. Paquito estuvo primero en Irurtzun, cinco años, y después fue enviado a Goizueta. En cuanto me explicó dónde estaba el pueblo, pensé: “¡A qué mal sitio vas!”. Me dio una corazonada, no sé por qué, por la zona... Él estaba contento allí y se llevaba bien con los vecinos, pero sé que quería regresar a Castellón. De hecho, le faltaba muy poco tiempo, cosa de un mes, para que se lo permitieran.

**¿Le había comentado Francisco alguna vez cómo vivía en Goizueta, si existía algún tipo de presión hacia la Guardia Civil?**

Era tranquilo y hablaba poco. No charlábamos mucho porque en aquella época

yo no tenía teléfono. Él se venía de vacaciones a Castellón, casi siempre en el mes de julio, pero nos contaba poco de lo que pasaba por allí.

**¿Le dijo alguna vez que tuviera cuidado, que podía ocurrirle algo?**

En 1980, mientras servían los desayunos de las cafeterías, siempre había muertos en la televisión. ¡Qué añito! ¿Qué cuidado iba a tener él? Nada más que ir por la calle ya suponía un riesgo. Pero hay tantos guardias civiles, que nunca pensamos que le podía pasar a él. Aquella era una forma de ganarse la vida como otra cualquiera. Siempre pensaba en él, aunque no pude ir a verle nunca porque poco antes había nacido mi hija pequeña. Y nunca he ido allí, salvo para recoger el féretro y para asistir al funeral que se celebró en la Comandancia de Pamplona.

**¿Cómo se enteró de lo que le había pasado a Francisco?**

Mi hija empezó a encontrarse mal en el colegio, así que pedí que me la mandaran a casa para ver si tenía fiebre. Fue en ese momento cuando vi en la televisión una noticia sobre Goizueta. “O algo ha pasado o están en susto”, pensé. Dijeron el nombre de los dos chicos: “**Francisco Ruiz** — que era el otro guardia civil asesinado— y Francisco Puig”. No había lugar a dudas; fui a la cabina de teléfonos, quería hablar con el cuartel en el que él estaba para preguntar qué había sucedido, pero apenas era capaz de llamar.

**¿Y sus padres?**

Se enteraron porque fue la Guardia Civil del cuartel de Villafranca a buscarlos. “Anda, arrégdense”, les dijeron. Preparamos todo para marcharnos aquella misma noche a Pamplona mientras escuchábamos por la radio nuevas noticias sobre el atentado.

**¿Qué recuerdos guarda de aquel viaje?**

Mi hija estaba muy enferma y su padre se quedó con ella en Castellón. Le estaban haciendo varias pruebas médicas y en mi cabeza rondaba la idea de que tendría que enterrar a los dos: a mi hermano y a mi niña.

**Nada más llegar a Pamplona, fueron directamente a la Comandancia de la Guardia Civil.**

Sí, allí nos dieron calmantes, charlamos con las mujeres de otros agentes y conocimos a la familia de Francisco Ruiz, el compañero de Paquito asesinado. Aún recuerdo todo como en una nebulosa, no tengo imágenes nítidas de lo que ocurrió. Se celebró la misa e inmediatamente después nos llevaron al avión. Unos aplaudían y otros gritaban y abucheaban: “¡Fuera, fuera!”. No entendía nada y no sabía si esos gritos iban dirigidos contra nosotros. Llegué a creer que hasta nos habían podido poner una bomba en el avión. Volamos las dos familias a Valencia, con los féretros delante. Llevaba tantos calmantes encima y había comido tan poco, que estaba medio ida.

**Y todavía les quedaba por delante el funeral en Castellón...**

Al llegar nos llevaron al cuartel, de ahí a la iglesia y luego al cementerio. Fue todo muy rápido, no tuve tiempo para cambiarme y apenas pude ver a mi hermano. Años después me llegó un comentario que hizo aquellos días una vecina: “Vino la familia de un guardia civil asesinado e iban todos muy mal vestidos”. Pero la mayoría de la gente se portó muy bien y estuvimos muy acompañados en ese recorrido. Me acuerdo de algunas escenas: las coronas de flores, un tren que se cruzó en nuestro camino y nos obligó a detener la marcha...

**¿En qué momento comenzó a asimilar todo lo que había ocurrido? ¿En quién se apoyó para superar el trance?**

Al principio sólo tenía ganas de llorar. Además, al asesinato de Paquito se unieron varias circunstancias personales. Mis padres eran los únicos con los que hablaba del tema, pero un año y medio después murió mi madre. En mi casa tampoco encontré mucho apoyo y me separé de mi marido. No tenía a quién recurrir y en aquella época no me proporcionaron el servicio de ningún psicólogo ni de nadie. Ahora, después de tanto tiempo, voy al psiquiatra por todo lo que sufrí y tomo



**Francisco Puig Mestre (a la derecha, en la foto superior) tenía 31 años cuando fue asesinado en Goizueta. Abajo, Francisco posando junto a sus padres y su hermana Adela. -FCF**

DESAPARICIÓN  
DE JOSÉ MIGUEL  
ETXEBERRIA ÁLVAREZ  
San Juan de Luz, 11.06.1980

## Un crimen con versiones contradictorias

# A

L pamplonés **José Miguel Etxeberria Álvarez** se le puede encontrar en algunos libros que recopilan las historias de las víctimas de ETA y en otros que recogen las biografías de los miembros fallecidos de la organización terrorista. Nadie pone en duda que pasó por varias ramas de ETA antes de terminar en los Comandos Autónomos Capitalistas, pero su desaparición sigue siendo un misterio.

En el libro *Voluntarios*, editado por Txalaparta, se detalla que nació en Pamplona el 14 de abril de 1958, que pasaba los veranos en la localidad guipuzcoana de Alegia, de donde procedía su padre, que estudió con los jesuitas, que formó parte de los Comités de Estudiantes de Navarra, que practicaba el judo, que se aficionó a los textos de **Trotsky** y de **Bakunin**, y que vivió los sucesos de Montejurra en 1976 y los Sanfermines de 1978. Para entonces ya militaba en LKI (siglas en euskera de la Liga Comunista Revolucionaria), un colectivo al que también pertenecía **Germán Rodríguez**, muerto por un disparo de la

Policía en la avenida de Roncesvalles el 8 de julio de 1978.

Al parecer, José Miguel Etxeberria, también conocido por los alias de *Bakunin* y *Naparra*, se integró primero en los comandos *bereziak* (especiales) de ETA Político-militar, que en 1978 se unieron a ETA Militar. Sin embargo, la semblanza de Txalaparta explica que se cansó pronto del “centralismo democrático” de la organización y que se encuadró en los Comandos Autónomos Anticapitalistas, que habían nacido en 1976 como un movimiento “caracterizado por las corrientes ideológicas ligadas a la autonomía obrera”, en palabras de **Iñaki Egaña**. Sus miembros practicaron la violencia y el terrorismo hasta 1985. Su primer atentado consistió en la colocación de una bomba en la sede de Adegui, la patronal guipuzcoana. En Navarra asesinaron a **Alberto Toca** (8 de octubre de 1982) y a los guardias civiles **Antonio Conejo** y **Fidel Lázaro** (25 de mayo de 1983), crímenes que se detallan más adelante.

En *Vidas Rotas* se cita un libro escrito por antiguos militantes de los Comandos Autónomos Anticapitalistas en el que se cuenta que, unos meses antes de su desaparición, *Naparra* había entrado en contacto con “un importante traficante de armas” con el fin de “mejorar sustancialmente la capacidad militar” del colectivo. Su iniciativa contrarió a ETA Militar y dos responsables de esta organización le citaron el 11 de junio de 1980 en San Juan de Luz “para discutir los pormenores de sus contactos”. *Naparra* acudió al encuentro y nunca más volvió a saberse nada de él.

En el libro de Txalaparta se dice que “fue secuestrado por el grupo de mercenarios del Batallón Vasco-Español, los cuales le mataron y ocultaron su cuerpo”. Sin embargo, sus compañeros acusaron a ETA de su muerte, hablaron de “la repetición del ‘caso Pertur’” y pusieron en duda la versión de que había sido el Batallón Vasco-Español el responsable de su muerte.

La denuncia por su desaparición que se presentó en el juzgado de Bayona fue

archivada el 19 de febrero de 1982. En septiembre de 1999, la familia solicitó a la Audiencia Nacional que investigase las circunstancias de su muerte. ●

las pastillas que me recetan. Pero, muchas veces, cuando me noto más débil, es cuando saco más fuerzas; tengo que ir digna aunque sólo sea por Paquito. Cuando se me presenta un problema, siempre me planto digna, donde haga falta, y me obligo a mí misma a salir adelante.

### Después del atentado, ¿recibió alguna ayuda institucional, una pensión?

Mientras vivieron, mis padres sí que recibieron un apoyo económico. A mí me dijeron que, si hubiera sido soltera o hubiera vivido con él, también hubiera tenido pensión, pero como no era así, pues nada. Yo era empleada del hogar, trabajaba mucho y ganaba poco. Primero tuve que mantener a mis hijas y luego cuidar de mis padres. Y me costaba poder con todo.

### ¿Ha pensado alguna vez en conocer el pueblo en el que asesinaron a su hermano?

Nunca he visitado Navarra salvo para recoger su cuerpo, a pesar de que me han pedido que fuera para recibir algunas distinciones en nombre de mi hermano. Todavía, cada vez que voy de viaje y veo en un rótulo “Navarra”, se me sigue poniendo la piel de gallina. Hay una jota muy bonita, la que dice *No te vayas de Navarra*, que me trae muy malos recuerdos.

### ¿Le duele hablar de lo que ocurrió o ver fotos de su hermano?

Al principio se me secaron los ojos de tanto llorar, pero mis hijas siempre han sabido lo que le ocurrió a Paquito y han visto sus fotos en el salón desde que eran pequeñas. Lamentan no haber conocido a su tío, aunque a veces aseguran que les ayuda allá donde esté.

### En el asesinato de su hermano participaron seis personas y sólo fueron condenadas tres, dos de ellas a 22 años de prisión y una a 25. ¿Considera que se hizo justicia?

No sé si se puede hacer justicia con un asesinato. Están en la cárcel, sí, pero luego salen y el crimen perdura: ellos siguen estando vivos y las víctimas, muertas.

Tengo la sentencia y antes me sabía el nombre y los apellidos de los acusados, pero con el tiempo los he olvidado.

### ¿Cree que es posible perdonar?

No es posible perdonar a las personas que han matado a mi hermano. ¿Qué les vas a perdonar? El pecado va a seguir siempre ahí. Si me encontrara con ellos, me tendría que aguantar y no les diría nada, porque no se curaría el dolor. Pero no me imagino perdonándoles.

### ¿Se sigue acordando de Francisco? ¿Le tiene muy presente?

Aunque haya pasado mucho tiempo, sigo yendo al cementerio a ver a Paquito. Al menos, una vez al mes. Si estuviera aquí, ahora tendría 54 años. Pero nos tocó así... Sí que noto que mi hermano me da muchas fuerzas en los momentos difíciles, me sigue apoyando.

### Quizá por eso no ha dejado de sonreír en toda la entrevista...

Sí. Siempre me han dicho que me río a todas horas, y he tratado de no dejar de hacerlo, a pesar de todo. ●